

El sentir originario en María Zambrano
The original feeling in María Zambrano

María Luisa Maillard García
 Fundación María Zambrano

Resumen: María Zambrano es una pensadora de intuiciones tempranas, puestas en sus textos como fragmentos de un orden remoto que llama desde un centro inaprehensible. Así este estudio se aproxima a la relación de su pensamiento con la religión y, más allá, con la idea de Dios, de los dioses, y a cómo se expresa esta relación en *El hombre y lo divino*, más bien, rodeando o cercando sus hallazgos intuitivos, desde diversos enfoques y categorías filosóficas, que se encuentran tanto en sus primeros, como en sus últimos textos. Esta reflexión de Zambrano, sobre las relaciones históricas del hombre con la divinidad, no es la propia de una filósofa religiosa, ni la de una estudiosa de las ciencias de la religión, sino que se inserta en su propuesta de una ampliación de la razón vital hacia otras formas de conocimiento no provenientes de la razón, pero sí de la experiencia vital.

Palabras clave: Zambrano, *El hombre y lo divino*, razón vital, Dios, religión, sentir originario, lo sagrado, lo santo.

Abstract: María Zambrano is a thinker of early intuitions, put into her texts as fragments of a remote order that calls from an elusive centre. Thus this study approaches the relationship of her thought with religion and, beyond that, with the idea of God, of the gods, and how this relationship is expressed in *El hombre y lo divino*, rather, surrounding or encircling her intuitive findings, from different philosophical approaches and categories, which are found in both her early and later texts. Zambrano's reflection on man's historical relationship with divinity is not that of a religious philosopher, nor that of a scholar of the sciences of religion but is part of her proposal for a broadening of vital reason towards other forms of knowledge that do not come from reason, but from vital experience.

Palabras clave: Zambrano, *El hombre y lo divino*, vital reason, God, religion, original feeling, the sacredness, the holy.

Antes de adentrarnos en el tema que vamos a tratar, quiero señalar dos características del pensamiento de María Zambrano: En primer lugar, que es una filósofa de intuiciones primeras, como vamos a ir comprobando. En segundo lugar, que su camino no es rectilíneo a la hora de tratar dichas intuiciones. Según sus propias palabras: Sus textos son fragmentos de un orden remoto que llama desde un centro que nunca acaba de manifestarse.¹

¹ “Y todavía más, que ningún tema vive separado de los demás. Todo es fragmento de un orden, de una órbita que ininterrumpidamente se recorre y que solamente se mostraría

En otras ocasiones, habla de sus escritos, como de “un árbol, cuyo germen o raíz no se pierde, aunque se ramifique” (M-212). Ella irá aproximándose, más bien, rodeando o cercando sus hallazgos intuitivos, desde diversos enfoques y categorías filosóficas y los hallaremos, tanto en sus primeros, como en sus últimos textos. Por ejemplo, el concepto de la nada, determinante en *El hombre y lo divino* de 1955, ya aparece en un texto inédito de 1933, que habla de la nada resultante de la muerte de Dios:

La nada es quien gana, quien nos va comiendo el terreno por instantes. Tanto es así, que el tiempo es ya, sin tope donde tropezar, el gran avance de la nada.²

Y enjuiciará el denominado por Ortega “Arte nuevo” aproximándose a ese concepto en su artículo “Nostalgia de la tierra” (VI, 2014, 171-175) del mismo año, bajo la fórmula de la pérdida del mundo sensible: “El arte deshumanizado no es sino arte desterrado”. Un año después, publicará en 1934 el artículo “Límite de la nada”.³

Habrà, por tanto, en su obra repeticiones, hallazgos nuevos y cierta imprecisión conceptual, debido a la elección, cada vez más acendrada, del lenguaje simbólico, conforme se vaya acercando al mundo espiritual que quiere recuperar para el hombre y que no se reduce para ella a la razón y la voluntad: estamos hablando del sentir originario, de “las entrañas” y de lo sagrado, lo no revelado todavía, que trataremos aquí; para no hablar de símbolos como la aurora, la llama, la serpiente, los claros del bosque o de aquellos surgidos de la creación literaria como Antígona o Nina, la humilde criada de *Misericordia* de Galdós, que ya no nos dará tiempo a desarrollar de forma específica.

Bien, creo que la pregunta que ocupa a muchos estudiosos de la obra de la filósofa es: ¿Qué relación tiene el pensamiento de María Zambrano con la religión y, más allá, con la idea de Dios, de los dioses? ¿Cómo se expresa esta relación en *El hombre y lo divino*? Antes de responder a esta pregunta, vamos a brujulear un poco en lo que ella ha querido declarar al respecto, pues el saber que quiere desarrollar es un saber experiencial y ella recurre, como no podía ser menos, a su propia experiencia; aunque no sólo.

Ya hemos indicado que María Zambrano es una pensadora de intuiciones y decisiones tempranas. Ella misma ha declarado que, en su temprano artículo “Hacia un saber sobre el alma” de 1934, ya estaba su razón poética; aunque ella no se diera cuenta. Digamos que es una pensadora que sigue su inspiración y se mantiene fiel a ella, no siempre de forma consciente o racional. Según confiesa en su libro autobiográfico *Delirio y Destino*, en 1929, una joven Zambrano de 25 años ya ha decidido su vocación, su destino. Será filósofa, dedicará su vida al pensamiento y lo hará a través del camino abierto por su maestro Ortega y Gasset, de cuya razón vital nunca renegará:

entera si su centro se manifestase. Mas lo que sucede es que ese centro atrae y guía, mas sin llegar nunca a revelarse [...]”. (Zambrano, 1971, 10)

² “¿Dios ha dejado entonces de vencernos? ¿De oprimirnos? Y este desligamiento que tenemos y que a tanto anarquista se le confunde con la libertad es la expresión, el resultante, de esa acción en que Dios no nos vence y quedamos sueltos, pero sin victoria. [...] Tanto es así que el tiempo es ya, sin tope donde tropezar, el gran avance de la nada”. María Zambrano. *Escritos autobiográficos. Delirios. poemas* [ca. octubre noviembre, 1933] (VI, 2014, 217).

³ Zambrano, M. (1934). “Límite de la nada”. *Literatura*, n° 2, 39-40.

introducir la vida en el pensamiento. Cuando en 1962 escribe un texto sobre su evolución filosófica, denominado “Itinerario” (Zambrano, VI, 2014, 440-443), es categórica: “Su punto de partido es la Razón Vital de Ortega y Gasset”. Y se mantendrá fiel a ese origen. Desarrollará la razón vital de su maestro, en muchas ocasiones partiendo de categorías orteguianas; aunque dirigiéndolas hacia territorios en los que Ortega no osaba entrar, como es el caso de la muerte, en la vida como naufragio:

En el naufragio va la vida. La muerte sería, por tanto, esa insustituible presencia que hace nacer el pensar, que a su vez procura la autenticidad del sujeto, lo que nos parece muy poco o apenas nada de acuerdo con el pensamiento orteguiano, que tan escasamente a la muerte se acerca, que se diría que la evita en su consideración y que ni siquiera en ninguna de sus metáforas aparece; sólo en ésta, ocultamente. (Zambrano, IV, 2019, 40).

Y uno de esos territorios, que tempranamente recorre de la mano de la razón vital, es el de la experiencia mística:

La R. V. [razón vital] me condujo primeramente a ver qué había en la mística, y después, al intentar pensar el ser propio del hombre, la he encontrado. [texto de 4 de junio de 1944] (Zambrano, VI, 2014, 273)

En 1929, una de las épocas más importante en su formación, que refleja en su escrito autobiográfico *Delirio y Destino*, la joven de 25 años, María Zambrano, está inserta en su circunstancia y, como postula su maestro, se ve en la obligación moral de salvarla para tener una vida auténtica. Ella se identifica con sus compañeros de generación en la búsqueda de autenticidad, de claridad; también en la preocupación por la cuestión social; pero sus reflexiones eran más complejas, según sus propias palabras, porque ella había sido educada en la religión católica, y ellos no. No es que tuviesen el sentimiento anticlerical, tan característicos de la ideología de ‘izquierdas’, sobre todo, de alguna de sus facciones, escribe en *Delirio y Destino*; pero era porque lo sentían como algo muy del siglo XIX. Sin embargo, “en su mente identificaban religión y absolutismo, algo que ocultaba la vida, complicado con una llamada a dejar de sentirse ‘aquí’, donde estamos en la tierra” (VI, 2014, 929). Ellos, fieles al vitalismo dominante, propio de su circunstancia histórica, no puede dejar de percibir Zambrano, practicaban un culto sin fisuras al presente y la religión era algo que ocultaba la vida, la única evidencia, y el deber de vivirla enteramente. Zambrano continúa su reflexión sobre su posición ante la circunstancia de la generación a la que pertenece:

Y ella, que se sentía más vieja por haber sido criada en la religión, por la mayor complejidad del pensamiento filosófico [...] sentía que esa actitud era una especie de “epojé”, un estar en suspenso, una abstracción, que, al decir vida, no aceptaban toda la vida, sino tan sólo ésta que ahora vivo, un instante. (VI, 2014, 929-930)

Ya María Zambrano tenía presente que la totalidad de la vida tenía otras dimensiones, otras experiencias, por ejemplo, el éxtasis de los místicos, y era preciso reivindicar una razón capaz de rescatar “lo más alejado de ella”, que el pensamiento exclusivamente racional desechaba, aquello a lo que el pensamiento, según sus palabras, “no le había concedido el ser”. La inteligencia debía hacerse cargo del sentir y recuperar la idea del alma; pero ya sabía que la circunstancia era hostil ante cualquier pensamiento que rozase la abolida trascendencia. Y ese conocimiento temprano sigue presente en *El*

hombre y lo divino, donde escribe al inicio del epígrafe “Dios ha muerto”: “No se libra el hombre de ciertas cosas cuando han desaparecido [...]. Así, eso que se oculta en la palabra, casi impronunciable hoy, Dios” (2011, 182).

También sabía que no tenía capacidad para seguir el camino de los místicos. A la pregunta de por qué elige la Filosofía, responde:

porque tengo que morir y no podré hacerlo sin haber visto y sin haberme visto; porque no podré morir sin haber vivido la verdad: y como jamás se me alcanzará el éxtasis, amor completo, ni la caridad inagotable de los santos, como sólo he de vivir humanamente, [...] como tengo que aprender a vivir en el tiempo, ser persona, vivir la condición humana...” (VI, 2014, 1006).

Entonces... sólo le quedaba el camino del pensamiento, de la filosofía. Será un largo camino filosófico, a partir de su artículo fundacional de 1934, “Hacia un saber sobre el alma”, que provocará un rapapolvo de su maestro Ortega. Y en ese camino se esforzará por apartarse de cualquier forma de teología y evitará cualquier roce con la Iglesia católica y sus dogmas —como única excepción su oposición a la eliminación del latín en la Misa, a raíz del Concilio Vaticano II—. Nos tenemos que desplazar a los textos inéditos, que ella no ha llevado a la publicación y que han sido recogidos en el volumen VI de su *Obras Completas*, para encontrar una confesión temprana de su búsqueda de Dios. Así escribe en su diario en 1933:

Más allá de la conciencia hay que buscar a Dios, y allí está, allí permanece como fondo inseparable de todo acontecer, como sostén del tiempo, como fuerza donde toda fuerza ancla, como aquello que compone en sistema todo el universo, la naturaleza. (VI, 2014, 217).

Sin embargo, ella eludirá siempre en sus textos publicados la identificación de lo que denominará “el sentir originario” que anida en las entrañas, término que ella prefiere al de “subconsciencia” de Freud, con la idea de Dios. Sentir originario al que ya se aproxima en su libro *Filosofía y Poesía* de 1939, aunque sin nombrarlo directamente.

La Filosofía es, en cierto modo, la verdadera historia; muestra en su curso lo que de verdaderamente decisivo le ha ocurrido al hombre. Pero la poesía muestra lo que el hombre es sin que le haya sucedido nada, nada fuera de lo que le sucedió en el primer acto desconocido del drama en el cual comenzó el hombre, cayendo desde ese lugar irreconquistado que está antes del comienzo de la vida y que se ha llamado de muchas maneras. Maneras diferentes que tienen en común el aludir a algo, a un lugar, a un tiempo fuera del tiempo en que el hombre fue otra cosa que hombre. Un lugar y un tiempo que el hombre no puede precisar en su memoria, porque entonces no había memoria, pero que no puede olvidar porque tampoco había olvido. Algo que se ha quedado como pura presencia bajo el tiempo y que, cuando se actualiza es éxtasis, encanto (I, 2015, 758).

Hemos citado este largo fragmento porque me parece la primera aproximación de lo que Zambrano acabará por reclamar directamente, ya en uno de sus últimos textos *Notas de un método*, a saber, el sentir originario, al que se ha aproximado inicialmente como: “un lugar y un tiempo fuera del tiempo en el que el hombre fue otra cosa que hombre”.

La filósofa María Zambrano no parte de una verdad revelada, que quiere justificar mediante la razón; sino de la experiencia de lo sagrado y su conversión en lo divino, mediante la acción de la razón; de su experiencia

propia y la de todos los que la han precedido. Quiere reivindicar un saber que abarque todas las posibilidades de la experiencia interior; pero, sobre todo, evitar las consecuencias que su negación está teniendo en la vida del hombre y de la civilización occidental en su conjunto. Ya al final de su vida, en 1987, en su escrito “A modo de autobiografía” dicta a su entrevistador:

Entonces, no tengo más remedio que aceptar que mi verdadera vocación ha sido la de ser, no la de ser algo, sino la de pensar, la de ver, la de mirar, la de tener la paciencia sin límites que aún me dura para vivir pensando, sabiendo que no puedo hacer otra cosa y que pensar, tampoco lo he hecho [...] Si no he podido revelar más que esto, Señor, qué le vamos a hacer (VI, 2014, 719).

Vivir pensando, justificar la experiencia y la necesidad de la divinidad, del sentir originario, desde la filosofía. Ella se quiere filósofa y quiere integrar su filosofía en su momento histórico, en la corriente vitalista de la época: Nietzsche, Bergson, Dilthey, Max Scheler, Simmel, y Ortega, por supuesto, del que siempre se reconocerá su discípula; aunque ya en fecha temprana, encontrará otros compañeros de viaje, que la ayudarán a consolidar una concepción de la vida humana que irá más allá de la de su maestro. No seguirá, como ya hemos indicado, el camino de renegar de la razón vital; sino que utilizará su armazón categorial, dirigiéndola hacia esos territorios donde “Ortega no osaba entrar”. Estamos hablando de conceptos como el de indigencia, naufragio, realidad, creencias, vocación, ensimismamiento, libertad y, por supuesto, del concepto de vida humana.

María Zambrano sabía que no tenía capacidad para la experiencia mística, pero intuía que sí para introducir esa experiencia en la razón y dotarla de legitimidad metafísica. Y, ¿quién había recogido de forma natural la experiencia mística? La voz de la poesía. Así en el breve texto, ya mencionado, “Itinerario” de 1962, en el que recorre su trayectoria filosófica, escribirá:

Su punto de partida es la razón vital de Ortega y Gasset. La razón vital postula la reforma de la razón, es decir, del conocimiento en función de la vida, entendida como la realidad radical [...] Esta reforma ha de conducir al pensamiento filosófico a una revisión de sus relaciones con otras formas de pensamiento, la poesía, la mística, la novela y a la restauración de la idea del alma.

Vemos aquí claramente su inicio filosófico: Los saberes del alma —el amor, la piedad, la esperanza— saberes experienciales, vertidos en la imaginación creadora, entre los que incluye, claro está, la experiencia mística. Será pues la imaginación creadora la que englobará a la mística en el seno de la poesía porque, como veremos, ambas comparten un conocimiento experiencial, esa forma de conocimiento que antes se llamaba inspiración y que ella denomina “la visión del corazón”, porque es el amor el imán que atrae la percepción del sentir originario. Forma de conocimiento, desechada en el mundo actual; pero que los verdaderos poetas siempre han reconocido.

No obstante, la intuición de la que tantas veces hablan los creadores, la intuición según la cual hay alguien que nos dicta las palabras más importantes de un poema o las notas cruciales de una sonata, merece la máxima atención [...] Por eso estoy dispuesto a defender el concepto de “inspiración” al que tantos remilgos hacía Paul Valéry, aquel gran profesor de poesía. (Zagajewski, 2017, 54-55)

Ese es el camino que va a recorrer María Zambrano, el de la inspiración creadora, porque entiende que, respecto a la idea de Dios, la función del pensamiento es insuficiente cuando se trata de recuperar una realidad abismada:

La función del pensamiento respecto a esa clase “objetos” [que no desaparecen, aunque los neguemos] —Dios, eminentemente— ha sido más bien superficial, ha consistido en añadir una claridad última cuando ya había aparecido una claridad en cuanto a su definición”. (III,2022, 214, 281).

Zambrano va encontrando otros compañeros de viaje en su reflexión, todos ellos, publicados en *Revista de Occidente*, en la época de su formación: *El puesto del hombre en el cosmos* y *El hombre del porvenir* de Max Scheler, al que menciona en “Hacia un saber sobre el alma” y al que sigue leyendo en los años 60, según sus textos inéditos, *Lo santo* de Rudolf Otto, concepto que, posteriormente identificará con “lo sagrado”, según comenta en su escrito “A modo de autobiografía” y que será un pilar fundamental en su libro *El hombre y lo divino*; y, por supuesto, Antonio Machado, a cuyos versos adjudicará la fórmula de la razón poética, en su artículo de 1937 “La guerra de don Antonio Machado”, comentando una de sus reflexiones:

Poesía y razón se complementan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser.

Y apostilla Zambrano:

Razón poética, de honda raíz de amor (I, 2015, 193).

Unos años antes, en 1932 lee en *Revista de Occidente* “Los métodos de realización artística” de Louis Massignon, un islamólogo reconocido internacionalmente y profesor del *Collège de France*. Un autor que la acompañará toda su vida, como lo prueba la carta que le escribe a Lezama Lima el 23 de octubre de 1972: “Louis Massignon es el único maestro que, desde hace años larguísimo, he encontrado” (Zambrano, 2006, 168).

Ya en 1939 le realizará un homenaje, introduciendo una cita del artículo mencionado, en su libro *Filosofía y Poesía*.

[Citaré todavía otra sentencia,
Singularísima para nosotros
De un teólogo musulmán.] Hallah,
pasaba un día con sus discípulos
por una de las calles
de Bagdad cuando le sorprendió
el sonido de una flauta exquisita.
¿Qué es eso?, le pregunta,
uno de sus discípulos, y
él responde: Es la voz de Satán
que llora sobre el mundo”.
¿Cómo hay que comentarlo?
¿Por qué llora sobre el mundo?
“Satán llora sobre el mundo
porque quiere hacerlo sobrevivir
a la destrucción: llora por las cosas que pasan;
quiere reanimarlas, mientras
caen y sólo Dios permanece.
Satán ha sido condenado

*a enamorarse de las cosas que
pasan y por eso llora”.*
(I, 2015, 679)

Zambrano va comprobando que la mística sufí, a semejanza de la de San Juan de la Cruz, sobre el que escribirá en 1939, el artículo: “San Juan de la Cruz: *De la noche oscura a la más clara mística*”,⁴ universaliza la palabra poética como su forma natural de expresión y se refiere a una realidad que habita en nuestro interior: dos temas centrales para Zambrano desde mediados de los años 40: una realidad interior que nos reclama y su acceso a la vigilia, a través de la palabra poética. A partir de *El hombre y lo divino*, comenzará a elaborar la fundamentación metafísica de dicha realidad interior y seguirá leyendo a Massignon, entre otras obras, *Parole doneè*, publicada en 1962, cuya edición en francés subrayada se encuentra en su biblioteca, y a su discípulo Henri Corbin, *L’imagination créative dans le soufisme d’Ibn’Arabi*, quien la introduce en Los Coloquios de Rauyomont de 1962, donde Zambrano presenta su trabajo “Los sueños en la imaginación creadora”.⁵

La puerta que le abre el camino a la razón que buscaba, en su artículo fundacional “Hacia un saber sobre el alma” de 1934, será pues la Poesía. A partir de ella, reivindicará la realidad que atesora el concepto de alma, sus formas de manifestación, a través del símbolo y del mito, y la capacidad de la poesía para ser una forma de conocimiento complementaria a la razón. Así escribe en su temprano artículo: “Pero había un doble saber: por una parte, saber de la razón que domina; y de otra, un decir poético del cosmos, de la naturaleza, como no dominable” (II, 2016, 436).

Es este saber poético del cosmos el que contiene la experiencia del sentir originario, tesis que, como hemos señalado, comienza a desarrollar en el mismo libro de *Filosofía y Poesía*.

El sentir originario se consolidará en el concepto capital de “lo sagrado”, el fondo último de la vida, lo no revelado todavía. Allí incluirá Zambrano, como paso previo, lo que a veces denomina “entrañas”, que define como el “mundo del padecer humano en todo su misterio y enigma”, y que también identificará con el infierno, que localizará en lo que, desde Freud, ha venido en llamarse inconsciente, según formula en *El hombre y lo divino*:

En los infiernos, en las entrañas. Pues las entrañas son la metáfora que capta — con más fidelidad y amplitud que el moderno término de subconciencia— lo originario, el sentir irreductible, primero, del hombre en su vida, su condición viviente (VI, 2014, 211).

Infierno y padecer proveniente de que el hombre siempre se siente carente de algo, de algo que lo libere de su vida humana, sujeta a la injusticia, la enfermedad y la muerte, y, por tanto, siempre aspire a más de lo que puede ser, desde la añoranza de un tiempo en que el hombre era algo más que hombre, a partir de su vislumbre del sentir originario, confundido desde

⁴ El artículo “San Juan de la Cruz de la *Noche oscura* a la más clara mística” fue comenzado a escribir en Barcelona en 1939 para *Hora de España* y publicado en diciembre de ese mismo año en Buenos Aires, en el n° 63 de la revista *Sur*. Fue publicado en España en 1983, en la revista *Litoral*, 19-32. Como muchos otros artículos, no se encuentra publicado en las *Obras Completas*, que sólo recoge artículos autobiográficos en el Vol. VI.

⁵ Jesús Moreno Sanz fue el primer autor que destacó la influencia de Massignon en María Zambrano (Moreno, 1998, 533-582).

Freud⁶ con la subconsciencia, cuya reducción proviene de haber reducido la interioridad humana a “psique”:

El verdadero obstáculo que hace que el sujeto sea aprisionado, sea este estar privado de su sentir originario, confundido tristemente con la subconsciencia, que no existe por sí misma, viene de haber convertido en “psique” al ser humano. La psique se enseñorea, tiene a ello, a ampliarlo todo a poseer. Su esencia, si la tuviera, sería la posesión de la totalidad, valiéndose de la destrucción de la unidad anterior (IV, 2019, 69).

Según Zambrano, la “subconsciencia” es la idea que la mente humana ha elaborado para designar ese lugar del sentir y del sentirse, reduciéndolo a un lugar donde reposan los instintos reprimidos por la conciencia moral, privándola así de la primera inhibición entre todas, la del sentir originario. De ahí, de la añoranza, huérfana de su sentir originario, surge el delirio de deificación, que revela el fondo oscuro de la condición humana. Fondo oscuro que será para Zambrano una constante a lo largo de la historia que recorre entre otros libros en *Persona y democracia* y en *El hombre y lo divino*. El hombre primero será rey como Edipo, Rey Absoluto en el Antiguo Régimen, por la gracia de Dios; y en la época contemporánea, líder totalitario, independiente de la ideología que lo justifique, porque como dice Zambrano: “sólo cuando el hombre manda se siente redimido de su condición esencial de tener que pordiosear lo que necesita” (2011, 199). Pero esta añoranza también proporciona a la filósofa la característica definitoria del ser humano: la esperanza, que ya desarrolla en 1942, en su artículo “La vida en crisis”, publicado en *Hacia un saber sobre el alma*.

Sigue, como en muchas ocasiones, la estela de su maestro Ortega, esta vez, partiendo de su libro *Ideas y creencias*, que ha leído con atención. Ortega ha señalado la confianza como la disposición de la vida humana para sostenerse en las creencias, esa realidad en la que estamos, con la que contamos y que no es fruto del pensamiento. María Zambrano retoma la confianza como el paso previo para llegar a la esperanza, que supone un salto más allá, porque ya requiere un componente vital: nuestra demanda, que nos abre a una realidad que hunde sus raíces en la profundidad de nuestro anhelo, camino que supone una apertura radical del concepto de realidad:

Hay una realidad impuesta eso que Ortega ha llamado “contra voluntad”. Y hay otras realidades que, si lo son para nosotros, es porque nos dirigimos a ellas pidiéndoles algo. (II, 2016, 499)

Y así define la esperanza en uno de sus últimos libros *Los sueños y el tiempo*:

La vida es este haber de trascender que se revela como esperanza, cuya primera manifestación, fenómeno, es la esperanza. El hombre es un ser, cuya primera manifestación, fenómeno, es la esperanza y no el instinto y no la inteligencia, que puede ser interpretada, si se la desgaja de la sustancial esperanza, como un instinto privilegiado, como un simple instrumento en lucha contra el medio. (III. 2022, 850)

⁶ En los años 40, Zambrano escribe: “El freudismo, testimonio del hombre actual”, recogido posteriormente en el libro *Hacia un saber sobre el alma*. Allí considera a la doctrina de Freud, más que un signo de su tiempo, “una de las religiones de la época”. Valora la recuperación de esa realidad interior que ella denomina alma; pero rechaza de plano la reducción de la “subconsciencia” a la “libido”, “la fuerza ciega, oscura y sin límites del apetito sexual.” (II, 2016, 508-527).

Nunca abandonará su encuentro inicial con la poesía y así considerará la palabra poética vertida en los grandes géneros literarios como una continuidad del pensamiento mítico y religioso. La razón es que comparten la misma forma de conocimiento: un saber inspirado, que será una de sus grandes apuestas metafísicas, respecto al conocimiento a partir de mediados de los años 50, través de sus análisis sobre los sueños y el tiempo. Así describirá en *El sueño creador*, la alianza entre la palabra poética y las religiones:

Desprendidos de las religiones, con existencia ya autónoma, aparecen los grandes géneros de creación por la palabra que vienen a ser como pasos de esta procesión de ensueños, de este irreprimible trascender del ser humano” (III, 2022,1.04).

Siguiendo con su breve texto “Itinerario”, veamos cómo introduce la necesidad que la condujo a escribir *El hombre y lo divino*. Después de señalar que una reforma de la razón en función de la vida, la llevó, en un periodo previo a estudiar otras formas de conocimiento, ligadas a la experiencia, como los saberes mediadores de Guías y Confesiones, escribe: “Necesariamente tal investigación debía conducir al examen de las relaciones entre Filosofía y Religión (en el periodo griego y en el propiamente europeo)”.

Como podemos apreciar, su reflexión sobre las relaciones históricas del hombre con la divinidad se inserta de forma lógica en su propuesta de una ampliación de la razón vital hacia otras formas de conocimiento no provenientes de la razón; pero sí de la experiencia. Eso es lo que quiere reivindicar. No quiere ser considerada una filósofa religiosa, ni una estudiosa de las ciencias de la religión; sino una pensadora consecuente con el desarrollo de la razón vital. Huye de la teología, es decir, de la racionalización de un saber revelado, quiere adentrarse en la revelación, a través de la Filosofía. Ella sólo se basa en su experiencia y en la experiencia de la actividad creadora y no sólo de la palabra; sino también de la pintura y la escultura. Así le escribe el 19 de junio de 1974 a Agustín Andreu: “Ya sabes que en teologías no me meto, me mete mi experiencia. Entiendo por experiencia el saber trágico —Esquilo—, que Zeus debía aprender padeciendo [...]”. “No parto, según mi método, de la teología, sino, en este caso, de la figuración pictórica y escultórica vista en las iglesias” (Zambrano, 2022b, 213). Es decir, de las obras de creación del hombre.

Y así, ya hemos llegado a *El hombre y lo divino*, libro que, en principio, se denominó “Filosofía y Religión”, y posteriormente “Ausencia”, título que ya nos orienta sobre su objetivo último: cómo hemos llegado en Occidente a un mundo sin dios, cómo hemos olvidado la experiencia del sentir originario y si ello no entraña consecuencias catastróficas para nuestra civilización.

Debemos remitirnos otra vez a los inéditos, es decir, a textos no llevados a la publicación por ella, para encontrar la motivación primera que la condujo a la elaboración del libro. Así escribe en 1947 en su diario:

Y me he atrevido a hacer un tal libro en esta época porque de verdad no va dirigido a los hombres. Es una ofrenda a los dioses, al Dios del Amor, bajo cuya faz tuve la inmerecida suerte de nacer y crecer [4 de abril de 1947] (VI, 2014, 282).

En su fase final — tuvo varios borradores—es este un libro inabarcable para reducirlo a una breve conferencia, dado el periodo que abarca y la variedad temática. Yo lo considero como una “puesta a punto”, antes del desarrollo de su proyecto filosófico de la razón vital, en el que pretende ampliar el concepto de razón, el concepto de realidad y encontrar un sustento metafísico para el saber inspirado. Antes, tiene que profundizar en las relaciones históricas del hombre con la divinidad, en su raíz profunda —lo sagrado—y en el proceso seguido hasta llegar a lo que considera la tragedia de nuestra época: la muerte de Dios. Si como le gustaba comentar a María Zambrano: todos sus libros son fragmentos de un orden remoto, este libro lo es especialmente.

La filósofa parte de un horizonte cultural, que sigue siendo el nuestro, en el que el hombre occidental ha decidido superar la etapa de la “humanización” —que ella extiende desde Descartes a Hegel—, una etapa de aplacamiento de su ansia de deificación. Ha decidido vivir al margen de la divinidad y enfrentarse al nihilismo. La historia que quiere contar María Zambrano es la de conversión de lo sagrado, en lo divino y la posterior destrucción de lo divino para retroceder hasta lo sagrado, que adquiere su último rostro en el nihilismo de Nietzsche.

Ya en la misma introducción, nos refuerza en la idea de que, hacia lo que ella está dirigiendo sus reflexiones, es al hecho objetivo de la experiencia de la divinidad; en principio, buceando en la época en que lo divino, según sus propias palabras, era:

[...] viviente hálito que, en múltiples formas indefinibles, incaptables por la razón, levantaba la vida humana, la incendiaba o la adormía llevándola por secretos lugares, engendrando vivencias, cuyos ecos encontramos en las artes y en la poesía. (III, 2014, 101).

El hombre occidental había prescindido de esta experiencia; pero no había podido destruir su matriz, el origen del que surgió un día: el mundo de lo sagrado donde anida el sentir originario.

Por ello lo divino no lograba desaparecer: “No se libra el hombre de ciertas “cosas”, escribe, en *El hombre y lo divino*, cuando han desaparecido, menos aun cuando es él quien las ha hecho desaparecer” (Zambrano, 2011, 182). Lo divino ha sufrido eclipses a lo largo de la historia. Los dioses han muerto o se han matado entre ellos —Grecia, Egipto— y han sido sustituidos por otros. La novedad de la época contemporánea del mundo occidental es que desciende de un Dios — Cristo— que ha muerto a manos de los hombres, algo que no había sucedido antes en la historia, y ese hecho había introducido el amor en las relaciones con la divinidad.

Y con el amor había introducido la posibilidad de su muerte metafísica. La proclamación de la muerte de Dios nace pues de un fondo religioso y no racional, como también señalará Octavio Paz.⁷

[...] “Dios ha muerto” El grito de Nietzsche no es sino el grito de una conciencia cristiana, nacido de las profundidades donde se crea el crimen; un grito nacido,

⁷ “El tema de la muerte de Dios es un tema romántico. No es un tema filosófico, sino religioso. Para la razón Dios existe o no existe. En el primer caso, no puede morir y en el segundo, ¿cómo puede morir alguien que nunca ha existido?” (Paz, 1974, 71).

como todos, de las entrañas; pero éste de la verdad última de la condición humana. (VI, 2014, 190-191)

Zambrano afirma que sólo se entiende la muerte actual de Dios cuando es el Dios del amor el que muere, porque sólo entra en la muerte lo que se ama con la pretensión de apoderarse de lo que lleva dentro:

La necesidad que exige matar lo que se ama y aún más lo que se adora es un afán de poderío con la avidez de absorber lo que oculta dentro. Se quiere heredar lo que se adora, liberándose al par de ello. (III, 2022, 191-192).

Es el delirio ancestral de deificación que explicita el propio Nietzsche:

¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto!, y ¡nosotros lo hemos matado! [...] ¿No es demasiado grande para nosotros la grandeza de este hecho?, ¿no deberemos convertirnos nosotros en dioses, sólo para aparecer dignos de ello? (Nietzsche, 1986, 155).

Pero lo divino no muere, se metamorfosea, porque persiste la realidad de la que ha surgido: lo sagrado. Y ese es el contenido fundamental de la segunda introducción del libro: cómo la expresión máxima de la tragedia humana es “no poder vivir sin dioses”, sin una realidad distinta y superior a lo humano. Y así entra de lleno en la tragedia contemporánea que desarrollará ampliamente en la segunda parte del capítulo primero *El hombre y lo divino* y se concretará en su enfrentamiento con Nietzsche, figura a la que, en cierta manera redime, porque lo considera una “víctima” de la deriva del pensamiento occidental que culmina en Hegel y de la divinización del “espíritu” en la historia, donde el hombre concreto, desaparece.

Según Zambrano, fue el cristianismo de Hegel, para quien el despliegue del espíritu en la historia respondía a la exigencia cristiana de que toda realidad estuviese justificada por el espíritu creador, el iniciador del proceso. Pero ahora no era el espíritu creador de Dios; sino el de su criatura, el hombre, quien, despojado de su interioridad y de su individualidad, se convertía en una máscara, un mero actor de la historia, la única depositaria de sentido. Y así la historia pasó a ocupar el lugar de lo divino, la historia y el progreso indefinido.

Marx y Comte recorren este camino basándose ya en la emancipación de lo humano, despojado de lo divino, que había trasladado a esa semideidad llamada historia, depositaria del espíritu absoluto. El hombre occidental se había emancipado de lo divino, pero heredándolo.

La liberación de “lo humano” ha encontrado este escollo, esta resistencia insospechada saliéndole al paso. El hombre eliminado como tal, borrado bajo el nombre familiar y conocido de Dios, aparece, múltiple, irreductible, ávido, hecho “ídolo”, en suma, en la historia. Pues la historia parece devorarnos con la misma insaciable e indiferente avidez de los ídolos más remotos (2011, 108).

Y así llegamos a Nietzsche quien, en la “desolación de lo demasiado humano” llega a engendrar un Dios. Me voy a centrar en el enfrentamiento de Zambrano con Nietzsche porque creo que es uno de los objetivos centrales de *El hombre y lo divino*; pero antes, vamos a mencionar de forma somera el recorrido del libro que posee, además, unos capítulos finales, que ya no podremos tratar aquí; pero que están comenzando a empedrar el camino de su proyecto metafísico de la razón vital. Me estoy refiriendo a los referidos a la piedad, el amor, la envidia y las ruinas.

Zambrano comienza a “contar” la historia del hombre occidental porque, en sus propias palabras, “no es totalmente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia”. La percepción de lo sagrado, donde anida el sentir originario, es un concepto clave de este libro y se presenta inicialmente como delirio de persecución. Engendra entonces al dios que devora y es devorado, simbolizado por Cronos, hasta que es sustituido por el dios impassible de la luz del pensamiento, que, para afirmarse, tiene que rechazar la vida, la vida del hombre concreto. No lo logra sin un enfrentamiento, con el pitagorismo y, en parte, con Platón, que han introducido en la Filosofía el concepto de alma; aunque el filósofo la haya excluido de su ciudad ideal, al excluir a la Poesía y ponerla al servicio de los intereses del Estado.

El final de los dioses del Olimpo; es por un lado el triunfo del Dios del pensamiento, donde se realiza la primera conversión de lo sagrado en lo divino; y por otro, la fascinación por lo sagrado de las religiones secretas de iniciación. Finalmente, llegamos al delirio de amor del dios cristiano, que es el que Nietzsche ha matado, como ya ha indicado Zambrano, por amor.

Antes de enfrentarse a Nietzsche, María Zambrano ya lo había hecho con el nihilismo a través de su análisis de la creación artística en la época contemporánea. En 1933 en su artículo “Nostalgia de la tierra”, reflexiona sobre el proceso de la deshumanización de las artes que se van convirtiendo para ella en un indicio “de que algo grave ocurría allá donde nace la necesidad de expresión, es decir, en la vida, raíz del arte”, y por ello incluye el texto posterior de 1945, que ahonda en sus reflexiones, “La destrucción de las formas”, en su libro *La Agonía de Europa*. Son estos dos artículos los que nos orientan sobre su reflexión posterior en *El hombre y lo divino*.

En “Nostalgia de la tierra” nos describe de forma poética los dos caminos sin salida del arte de vanguardia, reflejo de la evolución del pensamiento, tanto del idealismo como del positivismo que redujo el mundo sensible a materia:

Pero, en realidad, la materia era el nombre de la desilusión, era el residuo real, el precipitado que dejaba el mundo al ser disuelto por la conciencia. Dioses, mitos, almas y cuerpos, montañas y ríos, todo se había convertido en contenido de la conciencia. Mas la conciencia necesitaba del otro polo, de algo extraño y ajeno a ella, de algo incongruente a ella para poder sostenerse, para poder seguir en pie devorando el universo; y esto era la materia: nombre de la desilusión por encontrar un tope, un límite al disolvente de la conciencia (IV, 2019, 171).

Posteriormente en “La destrucción de las formas”, ya realizará su primera aproximación a la nada como el último rostro de lo sagrado, a través de la utilización de la máscara: “Entrar en contacto con la materia era entrar en contacto con lo sagrado, con la fisis, antes del concepto, antes de la filosofía, antes del ser” (IV, 2019, 178). El eclipse de lo humano que se realiza en las artes supone un retroceso del Dios de la teología en busca del dios que devora y es devorado, es decir de lo sagrado.

Eclipse de lo humano que se verifica en la vida también. Es la noche oscura de lo humano que semeja el retiro de una luz y un logos donde no se encontraban ya sino diferencias, discernimientos; una retirada y un retroceso del Dios de la teología en busca del Dios que devora y quiere ser devorado”. (IV, 2019, 187).

Pero será en el *Hombre y lo divino*, cuando Zambrano defina la nada “como el último rostro de lo sagrado”, en el epígrafe “La última aparición de lo sagrado: la nada”. Y lo hace, en principio, a través de sus consecuencias: cómo actúa en el ánimo del hombre contemporáneo de la época, cómo reduce a polvo, a nada, los sucesos, los proyectos y, sobre todo, la palabra. Tema central en Zambrano la devaluación de la palabra:

Parece como si el hombre de hoy librase con la nada un cuerpo a cuerpo, como si hubiera intimado con ella más que hombre alguno [...] Los productos de la activa época que pasamos, tan entregada a la más vertiginosa actividad, llevan el sello de no ser por nadie consumidos, como fruto de inanición [...] el que todo curra como si no ocurriera, que la palabra se borre sin haberse hecho carne, alimento del alma, el que todo se le haga nada al hombre de hoy crea o no crea en ella” (III, 2022, 2015).

Todos sabemos que fue Nietzsche quien introdujo el nihilismo a pleno rendimiento en el pensamiento occidental, quien lo definió como la destrucción de todos los valores, con el fin de encontrar la esencia del hombre, su ser originario liberado de todas las ataduras. También quién pronunció, bajo la máscara de “el hombre loco”, en *La Gaya ciencia*, publicada en 1882, la famosa frase, que retomará María Zambrano: “¡Dios ha muerto! Formulación que, con diversas variantes, se repetirá en diversos epígrafes de *Así habló Zaratustra* de 1885.

También hemos comprobado como la nada se situó, desde la juventud de Zambrano, en el núcleo de su reflexión. Era su horizonte cultural. El nihilismo fue un terremoto que ocupó a la mayoría de los pensadores del siglo XX — Thomas Mann, Bergson, Scheler, Simmel, Heidegger, Gottfried Ben, Hanna Arendt, Sartre, Ortega y Gasset, Foucault, Deleuze, Derrida y un largo etc. Horizonte cultural que, de alguna manera, sigue siendo el nuestro.

María Zambrano lee a Nietzsche con suma atención y lo valora, no sólo porque era una “víctima” del pensamiento idealista anterior, sino porque era poeta y, como todo poeta un hombre enamorado, no sólo de lo humano, sino también de Dios, ya que, como hemos indicado, en el pensamiento de la filósofa, sólo entra realmente en la muerte lo que se ama. Nietzsche quiere liberar al hombre de su condición menesterosa, quiere que el hombre sea más que hombre, a salvo del padecer inherente a la vida, de la añoranza de una vida plena, entorpecida por la filosofía y la moral, interpreta Zambrano; pero añadiendo: su delirio del superhombre alumbró el secreto de la historia del hombre occidental: su avidez insatisfecha y su delirio de deificación, que ha perseguido al hombre desde los inicios de la historia.

María Zambrano desarrolla la teoría de que Nietzsche no avanzó de forma suficiente en el proceso de demolición de la filosofía porque se quedó seducido por el espíritu — herencia hegeliana—, lo divino, y no supo descender al lugar desde donde lo divino surge, lo sagrado, el sentir originario y el misterio del padecer humano, la indigencia que lo constituye y que siempre le conduce a querer ser más de lo que puede ser.

María Zambrano retrocede ante la soberbia de la vida que lleva en su seno el mal. Nietzsche olvida que el ser humano lleva consigo la limitación y si hubiese profundizado más, hubiese descubierto que la vida necesita de la claridad, porque la vida, es, entre otras cosas, el infierno, es decir, el mal. A una vida divinizada opone Zambrano una vida que acepte su condición

trágica, fruto de su limitación, y tenga en cuenta la realidad del otro, “de lo otro”, aún en la libertad.

El delirio de deificación de Nietzsche se topa, según la filósofa, con el escollo del tiempo. Todo lo humano había sido destruido por Nietzsche menos el tiempo, en las propias palabras de Zambrano: “la resistencia implacable que la vida humana opone a todo delirio de deificación”: el eterno retorno de lo mismo fue la condena de Nietzsche. Más allá, le esperaba la nada.

La nada es lo irreductible que encuentra la libertad humana cuando pretende ser absoluta. Y la pretensión de algo absoluto puede dejar caer su absoluto sobre aquello que le resiste, verificándose así una conversión entre lo absoluto del ser y del no-ser. Quien pretende ser absolutamente acaba sintiéndose nada en una resistencia sin fronteras. Es lo sagrado que reaparece con todos sus caracteres: hermético, ambiguo, activo incoercible. (III, 2022, 217).

Zambrano se enfrenta entonces a la nada, corrigiendo su potencial destructivo y encontrando una salida: “Las cosas que no son nada, son algo cuando se las padece”. El hombre no es sólo actividad, fruto de la razón y la voluntad, hay una pasividad que básicamente lo constituye: Es el mundo del padecer que no podemos obviar, aunque queramos. No depende de la razón ni de la voluntad, pero nos acecha en cada esquina: yo no elijo sufrir, sufro; yo no elijo amar, amo. De ahí que Zambrano reclame una existencia metafísica para los saberes que proceden del mundo de la pasividad, entre ellos el de la experiencia de la divinidad.

“Hay algo en el hombre que escapa y trasciende a la sociedad en la que vive” (III, 2022, 459), escribe María Zambrano unos años después en su libro *Persona y Democracia*. El hombre es un ser trascendente, en parte por su indigencia; pero, para Zambrano esa trascendencia no se limita a su capacidad para crear cultura, ese régimen “transvital”, como defiende su maestro Ortega en *El tema de nuestro tiempo*, siguiendo a Simmel, porque tiene vida propia independiente de su creador. La filósofa lleva a cabo, como lo hará con otras categorías orteguianas, un proceso para abismar las categorías orteguianas quiere ir más allá, bucear en la fuente que permite al hombre crear cultura y cuya manifestación más alta es la palabra poética.

Y esa fuente es lo que denomina “sentir originario”, último fondo de la imaginación creadora que se manifiesta en sueños. Ya en uno de sus últimos libros *Notas de un Método* afirma con rotundidad esta realidad, enfrentándose a Kant.

Partiendo del conocimiento objetivo, Kant llegó a la pura sensación como fundamento, como acto originario [...] Pero la vida humana tiene un sentir originario indiscernible en el que no hay sensación [...] El sueño es sombra de la vigilia, y sólo en los extraños sueños desinteresados que tenemos, y que suelen quedar olvidados o semi olvidados, entra el sentir en sus formas originarias” (IV, 2019, 116).

Zambrano achaca la orfandad del hombre contemporáneo al hecho de estar privado de dicho sentir que anida en su interior, al que se aproxima definiéndolo como “el sentir de la situación espacial del hombre en la realidad”, es decir, el sentimiento de la añoranza de un lugar que lo relacione “con la universalidad que todo lo abarca”, y, por tanto, le haga, “sentirse aludido en todo sentir”. “El sentir originario consiste en sentirse; sentirse

directamente o sentirse aludido en todo sentir, infierno de la memoria y la conciencia”, escribe en *Notas de un método* (IV, 2019, 92)

A partir de mediados de los años 50, Zambrano centrará su reflexión en lograr un sustento metafísico para la pasividad que básicamente nos constituye, concretando su propuesta de “razón poética”, a través de sus análisis de los sueños y el tiempo.

Y es que ya se ha encontrado con el tiempo, con un modo de transitar por los diversos tiempos de la vida humana, un tema que ya la ocupaba desde su lectura temprana de Bergson; pero que ahora dirige hacia la pasividad de la vida espontánea de nuestra psique — lo que Freud denominó inconsciente— que se manifiesta en el sueño. En ese lugar de nuestra psique, nos encontramos privados de la libertad que procuran el pensar y el hacer de la vigilia que es la que alumbraba el tiempo sucesivo de la conciencia y es el único lugar donde puede darse un absoluto, que es una de las formas de percepción del “sentir originario: “Un absoluto, pues, tanto como en la vida pueda darse, se da en el lugar del sueño”, escribe en *El sueño creador* (III, 2022, 1008). Nuestra vida es un vaivén entre el sueño y la vigilia; pero en el principio, está el sueño, tan semejante en su pasividad al sentir; por ello lo define como “la oscura raíz de nuestra sustancia”. En el sueño se da una atemporalidad, en todo semejante al tiempo detenido, absoluto que, en ocasiones, se desliza en la vigilia, a través de una imagen y nos encontramos con ella sin sentirla nacer de nuestra memoria o nuestra imaginación y que los poetas antes llamaban inspiración. Es en el inconsciente donde se aloja el sentir originario que, a veces, alcanza la vigilia, dando lugar a lo que Zambrano denomina “el sueño creador”.

A través del análisis del tiempo, de la multiplicidad de los tiempos de la vida humana, a saber, el tiempo absoluto del sueño, el tiempo sucesivo de la vigilia y el tiempo de la imaginación creadora, Zambrano propone una revisión de cuatro conceptos fundamentales de la Filosofía:

1. La realidad. Zambrano propone una ampliación del concepto de realidad, que no sólo tenga en cuenta la realidad exterior —la circunstancia orteguiana— sino esa otra realidad que habita en nuestro interior, en la que estamos sumergidos, que no depende de nuestra voluntad y que, a veces, nos demanda. Realidad que abisma el concepto orteguiano de ensimismamiento porque también supone alteridad, el encuentro con algo que no somos nosotros, nuestro yo, y que se nos resiste, al igual que la realidad exterior.
2. La razón. Zambrano propone una ampliación del conocimiento racional hacia el saber fruto de la experiencia interior: “la palabra recibida”. Se podría denominar un conocimiento inspirado que se arraiga en el vislumbre del sentir originario y que se manifiesta tanto en las diversas religiones como en los mitos y los símbolos de las grandes obras de creación artística; pero también en la vida cotidiana, en la forma atenuada de la intuición.
3. El hombre. Zambrano propone una ampliación de la definición del hombre que, junto a la razón y la voluntad, incluya la pasividad del sentir y por este camino define la categoría que básicamente nos constituye: la esperanza, para ella, superior a la razón y al sentir porque es el origen de

la acción histórica y de la cultura, de “la trascendencia” inherente al ser humano.

4. La libertad. Zambrano propone tener en cuenta esa peculiar libertad que se sostiene en la aceptación de la pasividad del sentir, en sus propias palabras: “La libertad que el amor otorga a sus esclavos”. Palabra anatematizada, al haberse unido de forma exclusiva a la explotación de unos hombres por otros; pero que Zambrano quiere recuperar en su aspecto positivo.

Ese es el camino que señala María Zambrano para recuperar la espiritualidad perdida y superar la historia sacrificial de Occidente. Porque ese camino sitúa la noción de absoluto en la interioridad de la persona y evita su desplazamiento a la historia o lo social que aboca en el absolutismo del poder. También evita la conversión de las ideas en verdades absolutas, a través de las ideologías; y finalmente, la divinización de la persona.

El poeta y ensayista Adam Zagajewski también reclama la recuperación de nuestra vida espiritual y con ella la realidad de conocimiento inspirado. Desde su experiencia en el régimen totalitario de la Unión Soviética, reclama la necesidad de recluir la noción de lo absoluto en la interioridad humana y en las vías de expresión de la mística y de la poesía:

En este punto, los sustentadores de la humanidad deben andar con pies de plomo, ya que la experiencia demuestra, sin lugar a duda, que, entre una imaginación orgánica y holística y una sociedad orgánica y holística no existe la más mínima correspondencia. Se trata de dos planetas distintos, uno de los cuales gira en el cielo del éxtasis y el otro en el infierno de la realidad. La imaginación está al servicio del arte y de Dios, mientras que el garrote de los países totalitarios es un instrumento de suplicio e intimidación. (Zagajewski, 2010, 124).

Bibliografía

- Corbin, H. (1993). *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn'Arabi*. Barcelona, Ensayos/Destino.
- Freud, S. (2011). *La interpretación de los sueños*. Madrid, Alianza editorial.
- Freud, S. (1997). *El yo y el ello*. Madrid, Alianza editorial.
- Masignon, L. (2005). *Palabra dada*. Barcelona, Trotta.
- Machado, A. (1937). *La Guerra*, Madrid, Espasa-Calpe (reproducción digital, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2022).
- Moreno Sanz, J. (1998). “La lógica del sentir: roce adivinatorio horadador. La transgresión y transfiguración de la Filosofía”, 533-582. Vélez Málaga, Fundación María Zambrano, *Actas del Segundo Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano*.
- Nietzsche, F. (1986). *El Gay saber*. Introducción y traducción de Luis Jiménez Moreno. Madrid, Espasa-Calpe.
- Nietzsche, F. (1972). *Así habló Zaratustra*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Alianza Editorial.

Ortega y Gasset, J. (1983). *Obras completas*. Madrid, Alianza Editorial. T. III, *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela*, 353-419; t. IV, *Pidiendo un Goethe desde dentro*, 395-427; t. V, *Ensimismamiento y alteración*, 295-315, *Ideas y creencias*, 379-410,

Otto, R. (1925). *Lo santo*. Traductor Fernando Vela. Madrid, Editorial Revista de Occidente.

Paz, O. (1974). *Los hijos del limo*. Barcelona, Seix Barral.

Rodrigo, A. A. (2007). *María Zambrano. El Dios de su alma*. Granada, Editorial Comares.

Scheler, M. (2003). *El puesto del hombre en el cosmos*. Traducción de José Gaos. Buenos Aires, Editorial Losada.

Scheler, M. (2003). *Gramática de los sentimientos*. Traducción de Daniel Gamper. Barcelona, Editorial Crítica.

Zagajewski, A. (2005). *En defensa del fervor*. Barcelona, Editorial Acantilado.

Zagajewski, A. (2010). *Solidaridad y soledad*. Barcelona, Editorial Acantilado.

Zambrano, M. (1971). *Obras Reunidas*, Madrid, Aguilar.

Zambrano, M. (2015-2024). *Obras Completas*. Barcelona, Galaxia Gutemberg. Vol. I, 2015, *Filosofía y Poesía* (679-777); Vol. II, 2016, "Hacia un saber sobre el alma" (433-443), "La vida en crisis" (490-507), "El freudismo, testimonio del hombre actual", *Hacia un saber sobre el alma* (508-527); Vol. III, 2022, *El hombre y lo divino* (110-302), *El sueño creador* (984-1098), *Los sueños y el tiempo* (845-956), *Persona y democracia* (379-522); Vol. IV, 2019, *Notas de un método* (31-128), "Nostalgia de la tierra" (171-175), en *Algunos lugares de la pintura*, "La destrucción de las formas" (176-187), en *Algunos lugares de la pintura*; Vol. VI, 2014, *Delirio y destino. Los veinte años de una española* (841-1097), "A modo de autobiografía (1987)" (715-717); *María Zambrano [Itinerario]* pp. (440-443), [ca. octubre-noviembre 1933] (217), [4 de junio de 1944] (273).

Zambrano, M. (1992): *Cartas a Rosa Chacel*. Edición de Ana Rodríguez-Fisher. Madrid, Ediciones Cátedra.

Zambrano, M. (2002): *Cartas de La Piecè* (Correspondencia con Agustín Andreu). Edición de Agustín A. Rodrigo. Valencia, Editorial Pretextos-Universidad Politécnica de Valencia.

Zambrano, M. (2006): *Correspondencia José Lezama Lima-María Zambrano*. Edición de Javier Fornieles. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata.